

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

3.4—4.6

Nuestra competencia proviene de Dios

James Thompson

«Así que, teniendo tal esperanza, usamos
de mucha osadía» (3.12, NASB).

Cuando observo a candidatos haciendo campaña por cargos públicos, a menudo me asombra la imagen que dan de absoluta confianza en sí mismos para hacerle frente a los problemas más graves del país. Sin embargo, si no dieran tal imagen, ningún candidato lograría ganar la confianza de los electores. Se espera, por lo tanto, que el candidato nos diga, sin sonar arrogante, que él puede hacerle frente a problemas tales como el de la inflación, el desempleo, etc. Aun cuando respetables pensadores nos pueden estar diciendo que cierto problema escapa a la capacidad del hombre para resolverlo, el candidato sigue mostrando confianza en su capacidad para hacerle frente al reto, cualquiera que sea éste.

Admiramos el espíritu de confianza de quien tiene la osadía de decir que para él no hay nada demasiado difícil. Muchos prestamos oído a los anuncios de cursos de autoayuda que se pasan por los medios de comunicación, cuyo propósito es estimular la confianza en nosotros mismos. Uno de esos cursos promete ayudarnos a «liberar las reservas ocultas» que hay en nosotros y que nos llevarán a triunfar en casi toda tarea. Cuando vimos la película *La novicia rebelde*, nos hizo gracia el espíritu triunfal que mostró María después de que se le habló acerca de su nueva responsabilidad

como institutriz de una familia que, además de ser grande, estaba llena de problemas. Para deleite nuestro, cuando se dirigía a su nueva obligación, ella iba cantando: «Tengo confianza en mí».

Si bien son pocos los desafíos a los que se les puede hacer frente sin tener confianza en la capacidad de uno mismo, también es cierto que la confianza en uno mismo puede llegar a distorsionarse y a ser peligrosa. La confianza en sí mismo del dirigente político, puede llevarlo a sobreestimar sus fuerzas, y a estar absurdamente confiado en su propia capacidad. El curso de autoayuda puede dar la idea de que la confianza es una meta deseable de por sí, sin explicar que es importante la manera como se aplique. Lo que se puede estar dando a entender es que la confianza en sí mismo es la clave de la superación personal, y no del progreso de alguna causa en particular. Así, hay peligro en la letra de la canción de María, cuando dice: «Tengo confianza en mí».

La confianza es un factor importante en el ministerio de la iglesia. Es necesaria para el maestro, el anciano y el diácono cierta clase de confianza. Sin embargo, es importante la clase de confianza que mostremos. Algunas personas responden a la necesidad de liderazgo que tiene la iglesia sintiéndose abrumadas por la tarea que

deben emprender. Saben muy bien que la entrega a la causa de Dios les exige dar lo mejor de sí mismas. Debido a que la causa de Dios es tan extremadamente exigente, evitan asumir responsabilidad alguna. Otros abordan una importante tarea con total confianza en sus propias aptitudes. Suponen que la misma osadía que funciona en el mundo profesional y de los negocios, es apropiada para el servicio cristiano. Suponen que el liderazgo de la iglesia, al igual que cualquier otra clase de liderazgo, es cuestión de «promoverse uno mismo». Los dos enfoques anteriores constituyen distorsiones del enfoque cristiano, el enfoque que propone 2ª Corintios.

En el capítulo 3, Pablo le confirma a la iglesia de Corinto la confianza que él tiene, cuando les dice: «Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios» (3.4). Más adelante les dice: «[...] usamos de gran osadía» (3.12, NASB). Un tema importante de esta epístola sobre el ministerio lo constituyen, por lo tanto, la confianza, la osadía y la libertad (3.17) del ministro que rehúsa ser intimidado por la tarea que tiene delante de sí. El distintivo del cristiano consiste en la confianza que tiene para cumplir su misión.

¿QUÉ CLASE DE CONFIANZA? (3.4–6)

Pablo escribió esas palabras, aparentemente, porque otros habían insinuado que él no tenía razón para estar seguro de su obra. Había otros que se consideraban «ministros de Cristo» (11.23). Éstos habían venido a Corinto mostrando una confianza en sí mismos que no tenía límite. Según 3.1, ellos traían «cartas de recomendación» que describían sus grandes obras. El hecho de que constantemente se «elogiaban a sí mismos» (10.12, NASB) demuestra que no carecían de confianza en sí mismos. Aparentemente, habían dicho que como Pablo no había traído carta de recomendación, ello era una señal de que no estaba seguro de su obra. Así, ellos se medían comparándose con otros, y lo hacían sin dar cabida a la más mínima duda de su capacidad para ministrar.

En respuesta a la anterior clase de confianza en sí mismos, Pablo insiste diciéndoles: «Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios» (3.4). La suya era una confianza de una clase diferente de la que tenían los falsos maestros, pues añade: «[...] no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos» (3.5). La causa de Dios es demasiado grande para que siervo humano alguno se considere capaz de llevar a cabo los planes de Dios. Es probable que los oponentes hubieran afirmado

en sus cartas de recomendación, que ellos eran competentes para la tarea. Esto constituye la característica exclusiva de la confianza que tenemos en el ministerio cristiano. Estamos concientes de nuestra incompetencia personal; sin embargo, estamos seguros de nuestro ministerio cristiano.

La palabra que Pablo usó para dar a entender la idea de «competente» (*hikanos*), era importante en su conversación con los corintios, y es probable que fuera así porque algunos afirmaban ser «competentes». Después de que Pablo habló acerca de la causa triunfante de Dios, él preguntó: «Y para estas cosas, ¿quién es competente (*hikanos*)?» (2.16, NASB). La respuesta implícita era que nadie lo era. Es probable que otros habían observado las manifiestas debilidades que Pablo tenía en su habilidad para hablar, y su frágil salud, y habían concluido que él «no era competente». Pablo estaba totalmente de acuerdo.

Lo irónico es que Pablo reconoce que no es competente, y aun así habla de su confianza. La razón por la que habla así es expresada con estas palabras: «[...] nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica» (3.5–6). La confianza que tiene Pablo, no proviene de sus propios dones y poderes personales; él sabe que el poder de Dios lo ha llamado y que Dios puede usarlo en Su plan.

Dios siempre ha hecho su obra por medio de Sus «siervos» o «ministros», la mayoría de los cuales no tenía un carisma personal extraordinario. Moisés, el «ministro» del antiguo pacto, tenía serias dudas acerca de sus aptitudes (cf. Éxodo 4.10). Sin embargo, Dios «lo hizo competente» para hablar y actuar en nombre de Él. Amós insistía en que él no era profeta, ni era hijo de profeta (Amós 7.14). No obstante, los dos anteriores siervos fueron capaces porque Dios «los hizo competentes». La competencia de Pablo procedía de la seguridad que tenía de que Dios podía usarlo en una causa decisiva.

Esta causa había sido anunciada siglos atrás por Jeremías, el cual describió los días en los cuales Dios «[haría] un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá» (Jeremías 31.31). Este pacto, a diferencia del antiguo, que estaba escrito en tablas de piedra, sería escrito en el corazón de ellos (Jeremías 31.33). La extraordinaria afirmación que hace Pablo, es que él es el «ministro» de este nuevo pacto, y que lo es tan seguramente como lo era Moisés del antiguo. De hecho, sus lectores eran su carta de recomendación, una carta «escrita [...] en tablas de carne del corazón» (3.3), «expedida» (3.3;

literalmente: «ministrada») por Pablo. Esto es, ya él había visto los resultados de su obra. En su condición de «recadero» de Dios que había hecho entrega del nuevo pacto, ya él había visto cambios en la vida de ellos, cambios que se habían producido como resultado de su obra. Una iglesia que tenía la voluntad de Dios «escrita en su corazón», había vuelto a la vida por medio de Pablo. En consecuencia, dice él, «tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios». Esta confianza de la que habla Pablo, era diferente de la idea que popularmente se tiene de la «confianza en sí mismo».

La clase de confianza manifestada por Pablo, evitó ser como la versión popular (que también era la de los oponentes) de la confianza en sí mismo y como la distorsión opuesta que hace el que se siente abrumado por una tarea que parece demasiado grande. Ambas versiones de confianza son tentaciones en las que la iglesia actual puede caer, y son igualmente devastadoras. Muy a menudo nos sentimos presionados a citar estadísticas que, al igual que las cartas de recomendación de 3.1, constituyen una reseña de nuestros logros. Al igual que los hombres que construyeron la torre de Babel, que deseaban «[hacerse] un nombre» para sí (Génesis 11.4), las iglesias pueden estarse ocupando en la clase de relaciones públicas que busca levantar su estima entre las demás y «promoverse ellas mismas». La competencia se puede medir por los patrones que rigen el resto de la sociedad. Puede que solamente estemos usando patrones artificiales de éxito para medir a los misioneros, a los maestros, a los evangelistas y a otros obreros. La respuesta de Pablo a la confianza en sí mismos de otros, le serviría a la iglesia. Nuestra confianza no descansa en nuestra capacidad, sino en el hecho de que «nuestra competencia proviene de Dios». «[No debemos confiar] en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (1.9).

UNA LECCIÓN TOMADA DEL ANTIGUO TESTAMENTO (3.7–16)

Aunque Pablo a menudo cita el Antiguo Testamento para probar algún argumento suyo, él rara vez lo usa para una lección prolongada. Por lo tanto, nos sorprende hallar en 3.7–16 que, en medio de la defensa que hace Pablo de su ministerio, él saca una extensa lección del Antiguo Testamento. Hace memoria de la ocasión en que Moisés, después de hablar con Dios en el monte Sinaí, bajó de éste con un rostro resplandeciente (Éxodo 34.29–35). El relato sugería en toda su plenitud la gloria y el poder de Moisés que lo situaban en una categoría

aparte de los demás. Los rabinos lo habían contado a lo largo de los siglos, con el fin de hacer ver la sin igual gloria de Moisés. El hecho de que Moisés se ponía un velo sobre su rostro cuando estaba en presencia de otras personas, era una señal del temor reverencial que inspiraba su ministerio. Pablo elige el relato acerca de ese glorioso ministerio, con el fin de hablar acerca de su propio trabajo.

No podemos conocer a ciencia cierta la razón por la que Pablo eligió sacar una lección de ese relato precisamente en esta parte de su epístola. No se refiere a él en ninguna otra parte. Es posible que los oponentes habían estado afirmando ser tan gloriosos como Moisés. Medido por el patrón de los prodigiosos actos de Moisés y de la extraordinaria apariencia de éste, Pablo no era nada. En comparación con aquél, su ministerio era poco impresionante. La comparación con Moisés debía de humillar a Pablo y demostrarle que su ministerio era débil y carente de gloria. El ministerio de Moisés estaba lleno de prodigios y de poder. Aun cuando otros podrían haber tomado como modelo a Moisés, Pablo no niega la gloria del ministerio de éste. De hecho, la palabra «gloria» (*doxa*) aparece una y otra vez en 3.7–11 describiendo el «ministerio» en que estuvo ocupado Moisés. Pablo lee el Antiguo Testamento y sabe que proviene de Dios. Había un brillante resplandor rodeando aquel relato, porque la gloria provenía de Dios. El ministerio, por lo tanto, no era creación humana. El resplandor del rostro de Moisés era un recordatorio de que, detrás de la obra de este hombre, estaba el poder de Dios.

Los cristianos necesitan recordar que ellos entienden su misión solamente cuando se arraigan en el Antiguo Testamento. Jamás fue el deseo de la iglesia primitiva que el Nuevo Testamento se separara del Antiguo. En el servicio que nosotros damos a Dios estamos dándole continuidad al ministerio de Moisés. Por lo tanto, escuchamos la «palabra de Jehová», tal como ésta fue dada por medio de los profetas. Reconocemos, al igual que Pablo, que el primer pacto «fue con gloria» (3.7). Está lleno de un poder tal, que sabemos muy bien que estaríamos muy raquíticos sin su gran resplandor.

Una gloria muchísimo más resplandeciente se describe en 3.7–11. Si bien Pablo reconoce que el ministerio de Moisés fue con gloria, él demuestra que el ministerio del Espíritu es con mayor gloria. El temor reverencial que inspiraba Moisés cuando descendía del monte, no era nada en comparación con el ministerio de Pablo. Este ministerio es la luz definitiva de Dios que brilla en medio de las

tinieblas del mundo. Tiene el poder de cambiar vidas y de justificar a los hombres delante de Dios (3.9). Si bien la primera gloria resplandeció con brillo, ha perdido su lustre en comparación con la gloria más eminente (3.10).

Pablo sabe que su ministerio está siendo atacado, y lo han retado a demostrar por qué continúa poniendo esfuerzos aparentemente estériles, en su trato con una iglesia problemática. En este pasaje, Pablo está comparando ministerios. Sabe que ha sido llamado a ser ministro de Dios en una misión más gloriosa que la de Moisés. Otros afirman que él es incompetente para servir como ministro, debido a su falta de «carisma» y de gloria. Pero él sabe que la nueva clase de ministerio tiene una clase de gloria que es diferente de la que otros esperan. Él es el agente de Dios en el movimiento más importante del mundo.

Los oponentes de Pablo sin duda decían que la «gloria» de su obra —el énfasis en logros y experiencias espectaculares— era visible como el rostro resplandeciente de Moisés. Mas Pablo señala otra manera de medir la gloria. Hay gloria incluso en una cruz. La iglesia necesita que se le recuerde que Dios ha llamado a Su pueblo a una clase diferente de gloria que les manifiesta la cruz a los demás.

El observador de antaño se habría preguntado, junto con la iglesia de Corinto, cómo era posible que una persona tan poco impresionante como Pablo pudiera hablar con tanta confianza. Pablo saca del relato acerca de Moisés la siguiente conclusión: «Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha osadía [...]» (3.12, NASB). No le intimida la misión. La «osadía» (*parrhesia*) es la característica fundamental del ministerio de Pablo. El cariz dominante del capítulo 3 es que este hombre cuyas credenciales han sido puestas en duda, es «seguro» (3.4), «osado» (3.12) y tiene «libertad» (3.17). Aun cuando haya quienes cuestionen su ministerio, él es libre. Él no cambia su mensaje de modo que agrade los gustos predominantes, ni se queda callado delante de los que no están convencidos.

La palabra que Pablo usa para dar la idea de «osadía», era importante entre los personajes públicos del mundo antiguo. La palabra significa «libertad de expresión». Describía la conducta del sabio que sin temor alguno comparecía delante del rey o del tirano, y le decía la verdad, aun si ésta era desagradable. Se cuenta que a Diógenes, el fundador de la escuela cínica, lo visitó una vez Alejandro Magno, el cual le preguntó al filósofo, si el gran general podía hacer algo en su favor. La respuesta de Diógenes fue: «Apártate un poco de mi sol». Estaba tan seguro de su mensaje, que se le

conocía por su absoluta libertad y osadía.

Pablo hablaba con libertad (3.17) y osadía (3.12), debido a la gloria de su ministerio. Moisés ponía un velo sobre su rostro, para evitar que Israel viera el desvanecimiento de la gloria de su ministerio (3.13), dejando a muchos confundidos y con el entendimiento «embotado», aun en la época de Pablo. Algunos, incluidos los que se jactaban de sus logros, todavía tienen el velo «puesto sobre el corazón de ellos» (3.14–15), y esto se debe a que no han reconocido la más eminente gloria del nuevo pacto. Para ellos, con su punto de vista limitado, la confianza de Pablo es ridícula, y su ministerio poco impresionante. Pero Pablo tiene la libertad de uno que «se convierte al Señor» (3.16, 17) para ver una gloria más eminente. Nada hay tan liberador como la verdad. Esto es lo que dice: «Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará» (3.16). Este encuentro con Cristo nos hace libres: «[...] donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (3.17).

SOBRE EL SER TRANSFORMADO (3.18)

Esta extraordinaria libertad se experimenta cuando «nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen [...]» (3.18). Solamente Moisés fue transformado por su encuentro con Dios. Ahora, «todos» —Pablo y toda la iglesia— son hechos más a la imagen de Él. «[...] seremos semejantes a él», se nos dice en 1^{era} Juan 3.2. La palabra que se traduce por «transformados» es la llamativa palabra griega *metamorfeo* que ha llegado al idioma español como «metamorfosis». La palabra insinúa que el cristiano experimenta un «cambio de forma», un «cambio de molde», cuando mira a Cristo. Se nos pide que «nos transformemos» (*metamorfeo*) por medio de la renovación de nuestro entendimiento (Romanos 12.2). En Gálatas 4.19, Pablo dice: «[...] hasta que Cristo sea formado en vosotros».

El cristiano es «moldeado» por lo que mira. Si miramos la gloria de Cristo, seremos transformados, al igual que Moisés, en esa gloria. La palabra que se traduce por «mirar» (*katoptrizomai*) es una palabra cargada de significado que se usaba para dar la idea de «mirar fijamente» o de «contemplar» en un espejo. La palabra sugiere el mirar ininterrumpido y la contemplación detenida de los que miraban la imagen que se reflejaba en un charco de agua o en un espejo defectuoso. La palabra, con su significado de mirar fijo, es apropiada para describir la contemplación que hace el cristiano de Cristo.

Lo que contemplamos nos moldea. Si con-

templamos lo penoso, reflejaremos la pena. Si nosotros, al igual que los oponentes de Pablo, somos moldeados por los valores de nuestra cultura, mediremos nuestros programas por los mismos patrones que se usan en el mundo del mercado. La iglesia se quedará sin nada que decir. Será solamente un reflejo de otros. Pero si fijamos nuestra ininterrumpida mirada en la resplandeciente luz del Hombre que se dio a Sí mismo por los demás, seremos transformados en Su clase de gloria. Si somos transformados por Él, podremos ser partícipes de la seguridad, osadía y libertad de Pablo.

Si los cristianos son «transformados» por lo que miran fijamente, esto será un distintivo del cristiano. Seremos todos moldeados por la historia de amor desinteresado de Cristo. Elegiremos dirigentes que han tenido la oportunidad de «contemplar la gloria de Dios», y que lo han hecho por tiempo suficiente para reflejar la historia de Cristo en su vida. Cuando nuestro ministerio sea

sometido a juicio, se le aplicará un único criterio: Que refleje el propósito de Aquel que vino a servir.

CONCLUSIÓN

Una vez un devoto creyente fue llamado a comparecer ante un tribunal nazi durante el régimen de Hitler. Cuando el creyente respondía con la verdad las preguntas acerca de sus actividades, se le ocurrió pensar que él era la única persona libre que había en aquella sala. Los mismos magistrados y tropas del SS vivían aterrorizados. Sus rostros delataban su preocupación. El único libre era el creyente que servía a otro Señor. Esta realidad le dio la confianza que necesitaba para hablar.

La confianza es un distintivo del cristiano. No se trata de confianza en sí mismo, sino de la convicción que se tiene de haber visto la gloria de Cristo, gloria que nos libera de los valores de nuestra cultura, de modo que dejamos de reflejarlos. Podemos hablar osadamente en nombre de Dios porque «nuestra competencia proviene de Dios».◆